

sus cualidades, esencialmente privadas, buena prueba suministran de que en el corazón mexicano existen delicada. fibras, que vibran poderosamente con toda la armonía ideal de la civilización cristiana.

Hoy todos los habitantes de la ciudad, uniendo nuestros esfuerzos, cubrimos con la aureola de una apoteosis, la memoria de nuestro anciano benefactor; la apoteosis de la gratitud, del sentimiento que eleva al que lo profesa, lo magnifica á sus propios ojos, y lo enaltece á los de la gran familia humana que goza de los beneficios de la civilización.

Yo soy hijo de Guadalajara, señores. Siempre me he sentido orgulloso de ello; pero nunca como ahora, en que me ha sido dado asistir á tan hermosas manifestaciones, que suben el nivel moral de esta región del país, á la altura que alcanzan los pueblos más cultos de la tierra.

Guadalajara habrá quizás perdido su importancia mercantil, su iniciativa industrial, su significación política; pero nadie, nunca, jamás, podrá arrebatarle, de sus manos el pendón de las ciencias y de las artes, y la insignia de las virtudes; porque ellos le fueron dados por el apóstol que honramos, y confirmados por los hechos de tantos y tantos hombres que han llenado con sus proezas las páginas de nuestra historia y las hazañas de este pueblo, que ha sabido exceder á sus verdugos, abatir á sus tiranos, combatir en todos terrenos por sus libertades y honrar á sus dignos hijos. ¡Y también porque aquí se encuentra en cada ciudadano un profesor, y en cada hogar una escuela!

He abusado, señores, por largo tiempo de vuestra atención; cedo ya este puesto honroso á los ingenios de Jalisco, que os van á cantar las glorias del apóstol de la caridad. ¡Que nunca olviden los hijos de Guadalajara los hechos del Sr. Alcalde, que su memoria se perpetúe hasta las mas remotas generaciones y que la gratitud que nos legaron nuestros padres, se mantenga vigorosa y ardiente en el corazón de nuestros hijos!

**Francisco Escudero y López-Portillo.**

---

## Al Bueno entre los Buenos.

---

### En el Centenario del Obispo Alcalde.

---

(PRIMER PREMIO DEL CONCURSO).

Así como medrosa se agrupa la pollada  
en torno de la madre, buscando su calor,  
se agrupa todavía potente la barriada  
por él, y para abrigo del pobre edificada  
del templo que sus restos nos guarda, en derredor.

Adrede muchas veces por ella me aventuro  
á la hora en que la tarde comienza á declinar,  
y, triste y solitario, su laberinto obscuro  
de casas uniformes y de grietoso muro,  
arróbame el espíritu en hondo meditar.

Remonta todo un siglo la mente en el pasado:  
el templo y la barriada que se alzan entre mí,  
flamantes son; no ha mucho que se han edificado,

GUADALAJARA.

TIPOGRAFIA DE DIONISIO RODRIGUEZ.

Calle de Santo Domingo núm. 13.

1875.

aun viven al abrigo del que las ha creado  
y que amoroso y bueno discurre por allí.

Y elévase á mi vista la cándida figura  
de ese varón, prodigio de amor y caridad;  
espíritu radiante de nítida blancura;  
aunque del pobre barro de la mortal criatura,  
grande en esencia y puro cual no es la humanidad.

¡Oh tú, la incomparable beldad del Occidente,  
de la Galicia indiana reina y señora ayer!  
Hoy, más que el alba alegre, despierta diligente;  
despierta, y de tus galas de brillo sorprendente,  
viste las más hermosas en honra de ese ser.

¿No lanzas muchas veces á vuelo tus companas  
y atruenas los espacios con tu potente voz,  
cantando jubilosa proezas inhumanas,  
dudosos heroismos, desastres, ó las vanas  
pompas que de los tiempos al fin siega la hoz?

¿No aclamas y hasta rindes de admiración tributo  
al héroe de victorias que deshonor nos dan?  
¿No cantas muchas veces hasta el puñal de Bruto  
y ensalzas de las guerras el venenoso fruto,  
las miserables conquistas de belicoso afán?

¡Pues bien! que al punto se abran tus más preciadas flores  
y que tu cielo luzca su más vivo color;  
del seno de las almas, sublimes, vibradores,  
exhalen á los vientos tus regios trovadores  
los cánticos más dulces del más ferviente amor.

Hoy baja á tí por fuerza de gratitud traído  
desde la ignota fuente de la divina luz,  
aquel que, como nadie, sobre la tierra ha sido,  
de una piedad inmensa con el ardor nutrido,  
reflejo indeficiente del que murió en la Cruz.

Aquel, Guadalajara, de quien desvelo fuiste,  
porque fortuna y vida gastó sólo en tu bien;  
el que velando amante por tu reposo viste  
mientras vivió en el mundo, y hasta el momento triste  
de abandonarte ¡ay mísera! por el celeste Edén.

¡Ay! si dejar te vieran en criminal incuria  
el culto que á su nombre le adeuda el corazón,  
si al cabo solamente de la primer centuria  
pagarás del olvido con la terrible injuria  
lo que á su nombre debes de eterna admiración . . . . .

¡Ira de Dios! el mundo tu nombre borraría  
de entre los pueblos todos como execrable y ruin!  
¡Maldita por el hombre como por Dios sería  
toda la gente ingrata de esta ciudad impía  
y un escarmiento horrible su desastrado fin!

Entonces merecieras que, contra tí lanzados  
los monstruos de la peste y el hambre en conjunción,  
de nuevo te diezmaran, mas ya no conjurados,  
ya no, cual fueron antes, bien pronto domeñados  
por la clemencia heroica del inmortal varón.

¡Jamás! Por dicha nuestra, todo en redor nos canta  
esa memoria, foco de eterna claridad  
Do quiera dirijamos por la ciudad la planta,  
benéfica y soberbia su obra se levanta,  
rastros que allí, imborrable, dejara su piedad.

El vino aquí del mismo país de do viniera  
con sed de sangre y oro conquistadora grey,  
la férrea de alma y cuerpo tropa que aquí trajera,  
al par que la española magnífica bandera,  
la roja del pillaje, sin compasión ni ley.

Mas no de los Oñates ni Olides inhumanos  
fué so la nueva España rival ó sucesor;

GUADALAJARA.

TIPOGRAFIA DE DIONISIO RODRIGUEZ.

Calle de Santo Domingo núm. 13.

1875.

de Gante y de Segovia lo fué, de los cristianos  
valientes misioneros que con benignas manos  
cerraban las heridas que abría el invasor.

En Dios siempre abstraído, viviendo vida austera,  
extraño á los combates de la mundana lid,  
por bienes: docta pluma, desnuda calavera,  
y celda religiosa sin más que pobre estera . . . . .  
así Carlos tercero lo vió en Valladolid.

¡Encuentro no previsto, pero por Dios buscado,  
del Maya y de nosotros en perdurable bien!  
De su humildad cristiana, de su saber prendado,  
monarca justiciero, la mitra del prelado  
muy pronto de aquel fraile ciñó á la honrada sien.

Después . . . después . . . ¡oh dicha! la obra inmensurable  
de su jamás extinta profunda compasión;  
de bien y de consuelo raudal inagotable,  
desbordes de ternura, manando en inefable  
corriente desde el fondo de aquel gran corazón.

Narrar sus caridades, contar los beneficios  
que, pródiga su mano vertía por do quier,  
mientras su débil cuerpo punzaban los silicios,  
cual siempre practicando los rudos ejercicios  
que de su antigua Regla formaban el deber;

Decir, una por una, las hondas aflicciones  
que pudo en este valle de lágrimas calmar,  
las varias y docentes ó pías donaciones  
que, ajeno enteramente de sórdidas pasiones,  
y despreciando el oro, sabía prodigar . . . . .

¡Empeño fuera inútil! Su plácida existencia,  
fecunda y espontánea labor de la virtud,  
no cabe en el relato de humana inteligencia.

Su luz esplendorosa deslumbra y es demencia  
querer sumar los astros que pueblan la altitud.

Al par que socorría miserias del hambriento,  
del valetudinario curaba el padecer,  
y al par que protejía la iglesia y el convento  
para calmar en ellos el místico ardimiento,  
alzaba en las escuelas sus templos al saber.

Se cuentan sus milagros: sencillo y cariñoso,  
el pueblo que lo adora, los sabe transmitir.  
Se cuenta que al obispo—de remediar ansioso  
miserias y dolores—insecto venenoso  
en áurea y rica joya le vieron convertir.

¿Más qué mayor milagro que aquel desprendimiento  
con que luchar le vieran en horas de dolor,  
quando del hambre fiera mezclaba al cruel tormento,  
la bárbara epidemia su ponzoñoso aliento  
sembrando entre tus hijos la muerte y el pavor?

Del templo de su alma mostrando la potencia,  
sufriendo únicamente con el ajeno mal,  
llegaba á los hogares como una Providencia,  
y en medio á las tinieblas del cuadro, su clemencia  
luz era desprendida de vívido fanal.

¡Venid, los venturosos que en mesa bien servida  
teneis seguro asiento, magnífico manjar,  
venid ante esa sombra, por todos bendecida;  
ella os dirá el secreto de cómo en esta vida  
el bien que da Fortuna se debe disfrutar!

¡Venid también vosotros, los pobres, los abyectos,  
los que Miseria postra con rudo padecer;  
vosotros fuisteis siempre sus hijos predilectos,  
por los que en oro puro cambiaba los insectos  
y las miserias todas bajaba á socorrer!

GUADALAJARA.

TIPOGRAFIA DE DIONISIO RODRIGUEZ.  
Calle de Santo Domingo núm. 13.

1875.

¡Alzad á su memoria canciones de alegría!  
 ¡haced sonar los bronces sagrados en su honor!  
 ¡Venid, grandes y humildes! que no haya en este día  
 ni liras que no canten su nombre y su valía,  
 ni afectos que se cierren al culto de su amor!

Vengamos á decirle que mora en nuestro pecho,  
 y que ni el tiempo puede sus glorias arrasar,  
 pues glorias que en la tierra con sangre no se han hecho,  
 de siglos incontables se ierguen á despecho,  
 lo mismo que se iergue la encina secular.

Pero ¡ay! tambien pidamos que nunca nos olvide,  
 que siempre á nuestro amparo mirémosle acudir;  
 el siglo que termina, siniestro se despide.  
 ¡Que vele por nosotros allá donde reside,  
 de la ciudad amante rigiendo el porvenir!

**MANUEL M. GONZALEZ.**




---



---

## AL HEROE DE LA CARIDAD

AL ILLMO. SR.

# D. FR. ANTONIO ALCALDE,

EN EL PRIMER CENTENARIO  
 DE SU MUERTE.

—(SEGUNDO PREMIO DEL CONCURSO.)—

I.

Para hacer el elogio del patriota  
 Que da por su nación sangre y aliento,  
 La trompa cuadra de potente nota,  
 La que el himno marcial arroja al viento.

Para cantar del genio las creaciones,  
 El cadencioso ritmo se acomoda  
 Del arpa que acompaña con sus sonos  
 Las estrofas rotundas de la oda.

La canción del amor, para elevarse,  
 Reclama siempre el poderoso auxilio

GUADALAJARA.

TIPOGRAFIA DE DIONISIO RODRIGUEZ.  
 Calle de Santo Domingo núm. 13.

1875.